

LA MISIÓN DE LA MUJER Y LA VIDA MONÁSTICA

No me creo autorizada para escribir sobre la vida monástica -y menos en una publicación como ésta, que ya tiene una breve pero eminente tradición de grave categoría-. El tema excede a mis posibilidades. Pero he de decir, con toda la conciencia de mis límites, mi experiencia de algunos contactos que con Monasterios de la Orden Benedictina pude tener y que considero prueba viva de la generosidad de Nuestro Señor.

A través de ese acercamiento he podido conocer -en la medida de mis fuerzas y de las circunstancias- los aspectos más accesibles -¡y tan resplandecientes!- de la vida monástica. Asomada a esa vida, sumergida a veces en la belleza profunda de la Misa cantada por la Comunidad; con el oído atento a voces, campanas, silencios, pasos en el claustro, la vida de la Iglesia se me ha dado en un gran resplandor, en su auténtico ser. Y todo lo que he podido percibir a través del velo, la vida oculta y la expresión manifiesta en actos, desde la Liturgia hasta el humilde servir cotidiano, se me ha mostrado como un ejemplo de estilo: del estilo en que la inteligibilidad, la unidad y la proporción patentizan la belleza. Así, como realización de una obra de Arte he mirado la vida de los monasterios en que mi alma recibe lección de Amor. Allí he sentido y siento, como en ninguna zona del mundo, el pulso ardiente y tranquilo de lo que se designa con palabras de significado abismal: el *Mysterium caritatis*.

La meditación sobre la vida de estas hermanas mías que han llegado a la noche y a la luz del claustro, me lleva siempre a considerar ese destino como uno de los medios salvíficos con que, en el orden de la Comunión de los Santos, cuenta, sin saberlo, la humanidad de siempre, y más la de nuestra Época tan turbada y herida.

Si la mujer cristiana ha representado en todo el proceso histórico, un puente de defensa, un refugio, un camino de Gracia, sus caracteres ligados a categoría y símbolo se concentran en grado subido en la mujer que se entrega a la vida monástica.

Los textos de las santas que vivieron esa vida; los datos de sus biografías dan testimonio de esta significación, de estas posibilidades infinitas de proyección sobre la sociedad y la Historia, a través de los muros que guardan el ámbito sagrado de los monasterios.

Así en nuestro tiempo. Si Él necesita de la acción femenina, fiel a su esencia, a su carácter simbólico, la religiosa señalará el más alto grado de esa acción.

El paso es muy difícil. Se trata de rectificar errores que han arraigado y que ya constituyen resortes integrantes de la civilización inhumana caracterizada por la desproporción monstruosa entre el progreso mecánico, material y el retroceso de los valores espirituales y morales.

Quienes hemos sido testigos de una Época invadida por el naturalismo y hemos asistido a los movimientos desarrollados en nombre del feminismo liberal encontramos en ejemplos próximos o lejanos de vida monástica la respuesta silenciosa al ruido, al desorden, a todos los errores que caracterizaron a aquel "movimiento anti jerárquico nivelador", según dijo Berdiaeff, en estricta y justa expresión. Las supuestas reivindicaciones de la mujer han hecho su prueba negativa. Ellas tuvieron a veces una inspiración generosa; pero en su más profunda raíz coincidían con la filosofía materialista de auge en el siglo XIX. Los procesos políticos y sociales inherentes a esa filosofía se emparentan directamente con la actitud que la mujer asumió, orientando su vida según cierta negación del misterio femenino y de toda conexión metafísica o religiosa de su ser específico y de su destino.

La gran invasión de una corriente naturalista que ha cambiado en cierto modo el curso de la Historia no nos impide ver las consecuencias tristes que se proyectan sobre nuestra Época desde aquel movimiento aberrante del feminismo liberal. ¿Cuál era su error grave, su riesgo trascendente? Seguramente esa negación, ese desconocimiento de lo “femenino como misterio” -según una expresión de la gran filósofa Gertrude von Le Fort- cuya profundidad y acierto de la frase no podría yo superar ni sustituir.

Testigo, pues, de todo ese proceso y de sus amargas consecuencias en todos los ámbitos, puedo ver claramente que él arraiga, sí, en ese desconocimiento del aspecto cósmico metafísico de a mujer, de lo femenino como misterio, de su categoría religiosa, en último término de su imagen ideal y final de Dios.

A medida que la crisis espiritual y cultural del mundo se acentúa, la mirada se vuelve insistentemente a esta verdad. Y ve con lucidez, en ella, no sólo la clave de los tristes signos en la sociedad y en la vida de las mujeres, sino la explicación de que en callada pero expresiva antítesis, vivan y florezcan las comunidades femeninas movidas por la conciencia profunda de aquel aspecto metafísico que transforma al ser en un ser simbólico. A la vez, de modo menos visible, menos significativo, las mujeres que por tradición o por inspiración, o por reflexión apoyada en los Siete Dones de la Sabiduría Divina, realizan su vida según ese sentido, afirman la realidad de la Mujer Eterna, fiel a su destino y libre de las circunstanciales invenciones. Esta afirmación alcanza su más alto grado en las religiosas. Cada vez que entro en feliz contacto con una casa monástica, con hermanas mías entregadas al ideal monástico, una revelación sobre mi propio destino se adueña de mi alma. Porque dentro del ámbito bendito en que la vida monástica se desarrolla, está -en honda conexión particular con el Dogma de la Comunión de los Santos- un escondido, precioso germen de salvación, vivo para todos, vivo para mi alma.

Estas monjas, fieles a su “imagen ideal y final en Dios” realizan, en su vida silenciosa y oculta, una acción salvífica fundada en la oración y la contemplación; en la entrega total a este apostolado del silencio, cuyas calidades extraordinarias relacionan más que en ninguna otra forma de apostolado femenino -a la religiosa con Nuestra Madre del Cielo. Y en ese silencio, en esa vida oculta, la vida del monasterio, realiza su gran obra, compleja, de profundas proyecciones en la vida espiritual y en la cultura.

Los trabajos más variados -desde los de modesta artesanía hasta los de índole intelectual- alternan con el ejercicio constante que une la actividad de la religiosa, la realización plena de un Arte en donde se inscribe la Plegaria, a la perfección de la Liturgia. Así se da intensamente la unión con la vida de la Iglesia, con el misterio de la Iglesia. Y de tal sitio, de tal ámbito recogido y sagrado, surge el ejemplo más vivo de este gran ideal de vida y de cultura que el *Novecentismo* afirmó en nuestra época, restaurando los valores de la cultura clásica: el ideal caracterizado por la superación de lo anecdótico, llevado a categoría; la de lo particular, llevado a lo general; la de lo histórico, llevado a lo eterno.

Estos son los rasgos de estilo de la Iglesia, en sus más profundos niveles; son los rasgos de la Cultura Católica. Tienen en la actividad y en la vida interior de nuestras monjas fecunda fuente. Podría decirse que son la flor nacida de la vida monástica en un proceso que podemos percibir bien quienes seguimos con alma atenta el crecer de los monasterios y los signos vivos, conmovedores, que aparecen en los seres que conocemos, entregados a la vida del claustro, y en todas las manifestaciones que de allí nos llegan. La comunicación que se establece entre estos seres y el medio en que se desarrollan, y más allá a expensas de las obras que salen de las comunidades, es una comunicación fecunda de la cual esperamos una gravitación fundamental sobre los ambientes sociales y culturales. Esta gravitación viene del ejemplo viva, de la expresión lograda; de todo lo que en las religiosas revela la potencia de su vida interior, la potencia de su conciencia metafísica, simbólica. Y viene, antes que todo, de la oración

sostenida, cuyos méritos se extienden a todo el mundo, sobre el “misterio de iniquidad”, en la plena luz de la Promesa de Cristo.

Si todo esto es una poderosa realidad con respecto a la vida monástica en general, las comunidades femeninas prestan al maravilloso concierto su acento diferenciado y enriquecedor. Sublimado, es el acento que Dios dio a la Mujer, el que las religiosas cuidan fielmente desde los rasgos propios de su alma y de la vida elegida. Aquellos rasgos que hacen de la Mujer una criatura ligada a la imagen y a la misión de María, adquieren aquí un valor indecible; un valor que crece desde el “Fiat” del primer día hasta el emocionante repetido “Fiat” de todas las horas, hasta el eterno “Fiat” que en la iglesia triunfante afirmará el destino de cada Hija de María que en los monasterios se ofrece por nuestro *Fiat*; el de toda mujer que tenga conciencia sobre el valor de su ser simbólico y de su misión en la historia, y -más- en los planos de sobrenaturalización de la Historia. Es decir, en el Cuerpo Místico, donde los caracteres de *virgo* - *sponsa* - *mater* destellan a la luz del Espíritu Santo.